

Su paleta es más verídica, más convincente y más bella aún[...] su pincel es fino y punzante como un buril..."

En esta etapa alcanzó, Jorge Navarro, el dominio pleno del color y la composición. El arte oriental coló influjos en su producción tan, por lo demás mexicana.

Pero la inquietud creativa lo condujo a buscar nuevos senderos y, para 1969, Navarro abandonó el paisaje, ante la decepción de muchos —entre ellos Meza Inda— y se lanzó en pos del pensamiento náhuatl. Lo que Miguel de León Portilla descubrió, a estudiosos y aficionados, traduciendo y ordenando para, finalmente, publicar en la editorial de la U.N.A.M. con palabras, fue similar a lo que hizo nuestro artista con pinceles: develar las entrañas ideológicas de un mundo brutalmente desaparecido 400 años atrás... Despertar metafísicas dormidas bajo el neblumo (smog) del Altiplano ruidoso y superpoblado... Hurgar, conscientemente, en las raíces de lo mexicano para encontrar su identidad a través de un simbolismo de formas modernísimas, abstractas, simplificando o substrayendo esencias, donde entre las brumas cromáticas se agazapan ideas precortesianas.

La primera exposición de esta tercera etapa plástica, se efectuó en la "Galería de Artes Plásticas", el año de 69, con presentación del culto Lic. Alfonso de Alba, quien dijo:

"Con nuevo lenguaje plástico, nos reveló su imagen y su impresión del universo indígena: del mensajero de la noche, del clamor de los dioses, del ave solar, del agorero, de las guerras floridas..."

...Una visión cósmica a través de la liturgia náhuatl... La pureza de formas, el dibujo diestro y seguro; la limpieza en el uso del color; el equilibrio de la composición; y las texturas, a veces minuciosas, otras más ligeras o deliberadamente toscas, más siempre elaboradas, pensadas para un propósito o un efecto determinado [constituyen] manifestaciones de su mundo interior... [muestran] la lealtad del artista consigo mismo".

Del Omeyocan al Mictlan se exhibió en el Palacio de Bellas Artes, en 1970; Los cinco soles en la "Galería de Artes Plásticas", en 1973; Casa y Cataclismo en la "Galería Universitaria", en 1976; Tlalolinis —Terremotos— en la "Galería de Arte Total", en 1980... En suma, podemos

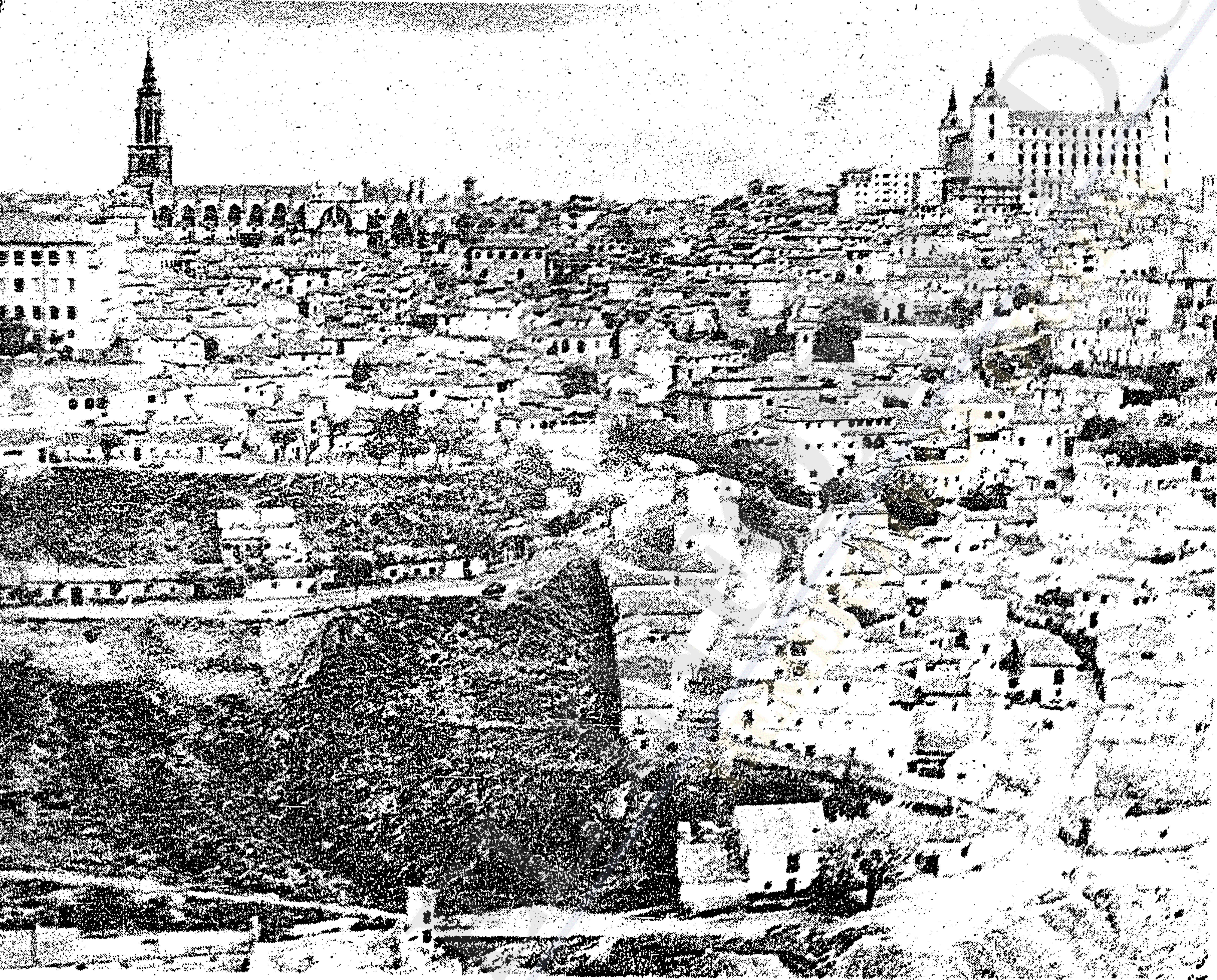
afirmar que esta tercera y actual etapa de Jorge Navarro ha sido tan fructífera como las dos anteriores; que el artista sigue con los pinceles en constante actividad; que de este número inspirador han brotado, además de las cuatro exposiciones mencionadas, dos murales: uno en la Escuela Preparatoria de Jalisco, llamado Los puntos cardinales y otro en el edificio de la S.E.P., por allá, en el Periférico, destinado a ser un Canto de las Guerras Floridas:

"Pintura abstracta cuyo cromatismo poetiza la fragmentación de formas simbólicas que una vez fueron arquetipos de filosofías perdidas".

Sus cuadros han participado en más de 40 exposiciones, viajando incluso a los Estados Unidos. Además del Premio Jalisco, ya mencionado, Jorge Navarro ha recibido las preseas "Jalisco a sus pintores ilustres" (1964) y "José Clemente Orozco" (1984). Fue el tercer Director de la Escuela de Artes Plásticas de la Universidad de Guadalajara (antes que "Caracalla") y actualmente funge como maestro de tiempo completo.

Su biografía se encuentra en el Tomo 9 de la Enciclopedia de México lo que constituye un reconocimiento más a su valía dentro del arte nacional.

Desde España



II CONGRESO INTERNACIONAL DE ESTUDIOS MOZÁRABES

Por ANGEL LAS NAVAS PAGAN

HA SIDO NOTICIA, durante unos días, la Edad Media en Toledo con su complejo mundo de culturas milenarias, cargado de embrujo en el marco abigarrado y seductor de esta bella ciudad de tantos recuerdos y evocaciones, cuyos numerosos monumentos, museos y obras de Arte atraen fuertemente al visitante, que, inexorablemente, queda prendido y enamorado de tan singular población, que al decir del conocido novelista Benito Pérez Galdós: "es una historia de España completa". Toledo fue uno de los focos culturales más importantes de Europa a lo largo de toda la Edad Media, primero bajo la dominación visigoda, después, bajo la árabe y, por último, a partir del 25 de mayo de 1085, fecha que la liberó Alfonso VI de Castilla y León, bajo el signo cristiano. Recordemos que en Toledo tuvieron lugar los famosos Concilios, que llevan su nombre, de gran trascendencia religiosa, política y legislativa, que representaron en su momento un relevante avance cultural y de progreso y de una fructífera convivencia entre hispanos y godos; además, de iniciar la base de unos principios de verdadera y

equilibrada democracia en una sociedad de los siglos VI y VII de nuestra Era.

Alfonso VI y sus sucesores, comprendiendo la importancia cultural que tenía Toledo, siguieron protegiendo su eminente Academia, que atesoraba todo el sabor árabe de la época. Alfonso X el Sabio, toledano de nacimiento, dio gran impulso a la extraordinaria Escuela de Traductores, que con sus muy variados y sorprendentes trabajos (manjar exquisito apetitoso por todas las Universidades europeas), preparó el camino para el espléndido movimiento del Renacimiento.

Sobre Toledo han escrito muchos destacados historiadores y críticos de arte españoles y extranjeros. Y, sin duda, falta mucho por escribir todavía. Las excavaciones y los frecuentes hallazgos arqueológicos han sido inagotables hasta ahora. Y se puede afirmar, sin exageración, que es una de las ciudades españolas más fascinantes, no sólo para el investigador, estudioso, poeta o escritor de cualquier procedencia, sino también para cualquier turista.

Días pasados ha tenido lugar en Toledo un animado Congreso, que ha durado casi una semana, para estudiar la vida de los mozárabes y su influencia en la sociedad de su época, dentro de los diversos actos de la celebración del novecientos aniversario de la toma de la ciudad por el Rey Alfonso VI, como he dicho antes. Han participado en las sugestivas deliberaciones ciento veinte investigado-

res, representando a prestigiosas Universidades de Europa y América.

Los mozárabes fueron los habitantes de los muchos pueblos y ciudades de la Península Ibérica que, ante el avance arrollador de los ejércitos musulmanes (en el año 711 desembocaron en la costa del Estrecho, derrotando al último Rey visigodo Don Rodrigo en la batalla del Guadalete y se extendieron por todas direcciones) quedaron bajo su dominio. En principio, los árabes respetaron a las poblaciones que no les opusieron resistencia, tolerando a las comunidades cristianas sus costumbres mediante el pago de tributos especiales. La mayor parte de la población de la Península quedó en esta embarazosa situación, ya que la huida era difícil, peligrosa y harto problemática. Los árabes hicieron una extensa labor de captación consiguiendo que bastantes cristianos (por miedo o temor y por obtener beneficios de diversa índole) renegaran de su religión, haciéndose mahometanos. Pero, hubo otros muchos que, a pesar de las propagandas y coacciones, circunstancias y ambiente nada favorables y hasta brutales persecuciones, se mantuvieron con heroísmo (hay que reconocerlo) en la Fe del Evangelio, que era la de sus mayores y predicaba por Santiago el Mayor en sus correrías apostólicas. La convivencia entre cristianos y árabes resultaba conflictiva, aunque los primeros trataron siempre de adaptarse. Pues, eran dos razas muy distintas, cada una con su mentalidad, cultura y forma de ser. Y, sobre todo, la diferencia de religión les distanciaba mucho, aparte del idioma. Agravaba el problema la inmensa hegemonía y el acusado fanatismo del Islam en aquellos siglos y los muchos recelos y desprecios que sufrían los cristianos, cuando no disimulados o abiertos ataques.

Los mozárabes vivieron fervorosamente su credo religioso, en ocasiones en situación parecida a la de los cristianos de las catacumbas en los primeros siglos, con mártires como San Eulogio, por ejemplo, en la centuria novena. Otras veces, llegaron a sublevarse sin éxito en Toledo y Mérida principalmente. Hubo algunos que consiguieron llegar a los Reinos cristianos del Norte. Pero, la mayoría de los mozárabes trató de coexistir con los árabes, que, en realidad, los de esta raza constituían una minoría intelectual, selecta y aristocrática. Lo que abundaba en las filas del Islam eran las bereberes, procedentes de la antigua providencia romana del Norte de Africa llamada Mauritania. De ahí el nombre de mauri o moros.

De este contacto diario y cierto entendimiento de siglos con el invasor, los mozárabes consiguieron asimilar y profundizar en la excelente cultura y ciencia árabe, traducido este saber, entre otras cosas, en variadas manifestaciones artísticas, que con el nombre de estilo mozárabe han llegado hasta nosotros (son notables sus monumentos en arquitectura, especialmente iglesias, decoración de libros con miniaturas y, en general, magníficas obras de artesanía de depurado gusto). A su vez influyeron sobre los mahometanos con su cultura grecolatina y cristiana. Y, lo que fue más importante, facilitaron la Ciencia, la Técnica y el Arte oriental a los cristianos que avanzaban desde el Norte, liberando extensas áreas geográficas a base de encarnizados combates; formando una clase culta y eficaz en la España de los siglos XI al XV, sirviendo de puente de unión entre las dos educaciones y razas.

Los mozárabes sobrevivieron con resignación, paciencia, valor e inteligencia una encrucijada difícil, larga y penosa en la que forjaron no pocas virtudes. Y, desde el punto de vista intelectual, comprendieron y dieron a conocer al resto de los españoles la superior cultura árabe de abundante sabiduría, de la que tantas huellas existen en el proceso civilizador hispánico.

Como precioso broche final del Congreso, se ha celebrado en la Catedral de Toledo una solemne y curiosa misa de rito mozárabe, es decir, reconstruida con las oraciones y textos litúrgicos que emplearon aquellos cristianos durante siglos de cautiverio en su propia tierra. Surgió la emoción de revivir unos momentos una época lejana y calladamente heroica, perdida entre las brumas de la Historia y que merece ser recordada.